

na, pero en cambio solo á la enérgica decision y gran celeridad del legado de la alta Germania, Cayo Silio, debióse el que se pudiera dominar en el año 21, antes de que tomara proporciones verdaderamente amenazadoras, la sublevacion que se inició en la Galia.

Desde que cesó la guerra de conquista en la orilla derecha del Rhin, la organizacion de las provincias imperiales al Oeste de la Narbonense fué por largo tiempo la siguiente. Las tres provincias, Aquitania, Lugdunense y Bélgica, fueron administradas separadamente (á excepcion de la época en que Tiberio á su regreso de Rodas por dos veces y posteriormente por largos años gobernó en el Rhin), desde que Tiberio se separó de ellas, y estaban vigiladas por el ejército, existiendo en la capital, Lyon, 1,200 romanos.

La orilla izquierda del Rhin administrativamente considerada se hallaba dividida de un modo análogo á la Galia, contándose dos provincias separadas: la Germania superior, que comprendia el país entre el alto Rhin y el pié de la cordillera del Wasgan, continuando por el Oeste hasta la division de aguas entre el Nahe y el Mosela, y la Baja Germania ó sea el territorio del bajo Rhin, con el de los ubrios y los sicambros, la mayor parte del Mosa y el país situado entre el Mosa, las islas de los bátavos y la costa menapia. A fin de dar franquicia aduanera á las legiones habíase trasladado la aduana para las Galias á Metz; pero aparte de esto, bajo el punto de vista rentístico las provincias germanas estaban unidas con la Bélgica. El legado consular del bajo Rhin residia en Colonia, y el del alto Rhin, que mandaba asimismo las tropas de Helvecia, tenia su residencia en Maguncia y bajo el punto de vista militar estaba subordinado al primero. En el año 21, con motivo del crecido interés exigido por los usureros romanos y especialmente por el monopolio ejercido en aquel país por los capitales italianos, se produjo entre la nobleza celta un espíritu de descontento que aprovecharon dos hombres poderosos, el treviso Julio Floro y el heduo Julio Sacrovir, para promover un levantamiento que pronto se extendió por todo el país. La rápida derrota de los pueblos sublevados á lo largo del Loira (los anderos y los turones) y de los del Mosela, así como la muerte de Floro, destruyeron la fuerza de la insurreccion. Finalmente, los 40,000 voluntarios que Sacrovir habia reunido en Augustodunum (Bibracte, Autun), punto donde se instruía la juventud celta en sentido romano, fueron prontamente dispersados por las valientes legiones de Silio.

Una nueva complicacion que se presentó entre los partos pudo ser resuelta á fines de su reinado por el emperador en beneficio de los romanos, no por medio de la espada sino por su astuta diplomacia. El rey de los partos Artabano III, interpretando mal la política pacífica de Tiberio y atribuyéndola á falta de decision guerrera, aprovechó en el año 34 la muerte del rey Artaxias para poner, faltando á lo tratado, á su propio hijo Arsaces en el trono de Armenia y se permitió además otras agresiones contra Roma. Tiberio entonces, con su acostumbrada astucia tendió la mano á un poderoso partido parto que, en el año 35, reclamó el auxilio del emperador, suscitando como pretendiente contra Artabano en el Eufrates á un descendiente de Fraates IV. Tiridates III, probablemente nieto de Fraates, apareció pues en la Siria, donde el legado L. Vitelio abrazó enérgicamente su partido, y al mismo tiempo por instigacion de los romanos varios caudillos albaneses é iberos se arrojaron sobre la Armenia, y entonces el partido de Artabano fué derrotado en todas partes.

En Armenia, tal como deseaba el emperador, se apoderó de la corona el príncipe ibero Mitridates, y Tiridates III obtuvo sin esfuerzo el reino parto. A pesar de esto, por aquel

lado no quedaron los asuntos completamente terminados, pues los muchos bandos en que se hallaba dividida la nobleza parta hicieron que pronto vacilara el trono de Tiridates; y Artabano, que se habia refugiado en Hircania, ya en el verano del año 36 con ayuda de los pueblos de las estepas turánicas pudo apoderarse de la capital Ctesifonte, tomando como era natural una actitud agresiva respecto de los romanos, aunque no pudo perjudicarles por la enérgica actitud y vigilancia de L. Vitelio. En su cólera impotente, como suele suceder en semejantes casos, dirigió al emperador una nota diplomática escrita en lenguaje brutal y en la cual, despues de prodigarle toda clase de insultos, le aconsejaba «que por medio de una muerte voluntaria diese satisfaccion al profundo y justo odio de sus súbditos,» lo que prueba que hasta Artabano, conocido tambien por lo sanguinario de su carácter, habia llegado el eco del profundo descontento que reinaba en Roma.

En realidad, las relaciones entre Tiberio y los romanos de la capital fueron cada vez mas tirantes y desagradables á pesar de los muchos servicios prestados por el emperador, y tenian en gran parte la culpa de estas circunstancias dos personajes de la corte palatina que se odiaban mortalmente, el prefecto de la guardia, Seyano, y Agripina, la viuda de Germánico. En la época en que el proceso de Pison tuvo su fatal desenlace, Seyano gozaba de gran favor con Tiberio. La nobleza romana sentia pocas simpatías hácia aquel poderoso advenedizo, que solo pertenecía á la clase de caballeros; pero en cambio la imponente figura de aquel soldado, de innegable vigor y frescura, de notable elasticidad intelectual, serenidad y cualidades no comunes, habian impresionado tanto al emperador que creia poder tener una confianza sin límites en aquel hombre de humor expansivo que le inspiraba verdadero afecto. Cuanto mas desconfiado se mostraba el emperador respecto de la aristocracia del Senado, al cual le fué imposible conquistar interiormente y que á pesar de su tendencia á prestarle homenajes serviles y á dar su aprobacion, muchas veces contra el sentimiento de recta justicia del emperador, á los procesos de alta traicion, soportaba difícilmente al retraido, receloso y pedante príncipe que carecia de la resplandeciente aureola de su antecesor, mientras que las esperanzas de los miembros mas atrevidos se dirigian á la familia de Germánico; cuanto mas receloso, decimos, se mostraba contra el Senado, tanto más se apoyaba en Seyano, cuya energía, decision y vigilancia parecíanle que debian ser fiadores de su seguridad.

La concentracion de la guardia imperial en Roma, en el año 23, y el haberse dispuesto que Seyano pudiera nombrar libremente los oficiales, aumentaron considerablemente el poder del favorito, cosa á que el emperador no dió importancia porque Seyano no era mas que caballero. Pero precisamente en esto se equivocaba por completo el suspicaz conecedor de los hombres. Tiberio no vió que en el corazon de su amigo existia una ardiente ambicion, y que el dia menos pensado podria proponerse un fin peligroso. Y por cierto no tardó mucho tiempo la profunda pasion de Seyano en tomar el arriesgado camino que le condujo al terreno de los mas negros crímenes. Druso, el hijo del emperador, designado desde el año 22 como sucesor en el principado por compartir con el emperador el poder tribunicio, se hallaba poseido de envidia por el alto favor que Seyano gozaba cerca de su padre. Si bien Druso poseia notables cualidades, era franco hasta la grosería y de carácter irascible que se dejaba llevar con facilidad á actos violentos; así fué que un dia en una fuerte disputa dió un bofetón á Seyano. Esta fué la causa de su perdicion, pues Seyano, deseoso de vengarse y temeroso de su porvenir á causa de la innegable mala voluntad del príncipe, decidió quitarle de en medio, abriéndose así

el camino para llegar con el tiempo al poder como emperador.

Desde esta fecha empieza una serie de años sombríos en la historia de la corte y de la capital de aquel principado. El gallardo y brillante Seyano, que se hallaba entonces en los cuarenta años y por lo tanto en la plenitud de su fuerza, sedujo la bella esposa de Druso, Livilla, prometiéndole el matrimonio para el porvenir, divorcióse de su esposa Apicata é hizo que el médico griego de la princesa, llamado Eudemos, diera á Druso un veneno lento, de cuyas resultas murió el desgraciado príncipe en el mismo año 23.

Tiberio, que no estaba léjos de sospechar que aquella muerte era debida á un crimen escandaloso, soportó con entereza la pérdida de su hijo único. Seyano, que continuó trabajando con la mas extraordinaria prudencia, se ocupó entonces activamente en destruir á los demás príncipes que estorbaban aun sus planes. Dada la extremada juventud de los hijos de Druso, los que mas le molestaban eran los dos hijos mayores de Germánico, Neron, que probablemente habia nacido á mediados del año 6, y Druso, que se cree vió la luz en la segunda mitad del año 7. Tiberio despues de la muerte de su hijo habia recomendado aquellos dos jóvenes al Senado con palabras afectuosas, y podia verse ya en ellos á los presuntos gobernantes del principado. Atendidas la prudente y altiva actitud de su orgullosa madre Agripina y la fidelidad de los que les rodeaban, no podia esperar Seyano obrar allí con la seducccion y el veneno, pero le fué muy fácil aprovechar la parte flaca de la situacion de Agripina para el triunfo de sus planes. La orgullosa y enérgica mujer, de espíritu varonil, nunca habia podido entrar en buenas relaciones con la anciana Augusta ni con el emperador, al cual se creia superior en nacimiento y en el derecho á gobernar, por ser nieta del divino Augusto, y por otra parte, les odiaba á causa de la muerte de su esposo.

Incapaz de disimulo y de tolerancia en su apasionamiento y cultivando con celo el amor de los romanos y la amistad de muchos y principales personajes muy amigos en otro tiempo de Germánico, dejóse llevar por la astucia de Seyano y de sus agentes á inconsideradas manifestaciones de su odio á Tiberio, que por fin obligaron al emperador, que personalmente no le profesaba gran enemistad, á que por fin rompiera completamente con ella y aprobara todos los pasos que dió Seyano para destruir á los nobles y á las damas de importancia que formaban «su partido.» No le costó gran trabajo esta tarea, pues que aparte de los acostumbrados procesos políticos, la ligereza de las grandes damas romanas y la dudosa moralidad política de la mayor parte de la nobleza, daban motivo suficiente para perderlos por medio de una causa criminal siempre que se quisiera. Con gran disgusto de Agripina, la conducta del célebre general Silio y de su esposa Sofia, amiga de aquella princesa, que aprovecharon el triunfo del año 21 en las Galias para hacerse con riquezas mal adquiridas, dió lugar á que en el año 24 se les inutilizara. Silio escogió la muerte voluntaria y Sofia fué desterrada. Nada tuvo que ver con la lucha palaciega la acusacion de Seyano contra su amigo personal el célebre historiador A. Cremucio Cordo, que con antiguo valor republicano escribió unos anales que trataban de la época de Augusto. Este habia leído en su tiempo la obra y le habia gustado. Pero en el año 25 dos clientes de Seyano le acusaron de alta traicion, porque Cremucio en aquellos anales alababa á M. Bruto y llamaba á Cayo Casio, «el último romano.» El acusado se libró de la sentencia dándose la muerte. El Senado fué bastante servil para destruir la obra de su célebre miembro.

Fué una mala circunstancia para el curso de los sucesos en Roma, el que Tiberio llevase á cabo el año 26 el pro-

yecto, largo tiempo alimentado, de alejarse para siempre de la capital. La inquietud que le ocasionaba su situacion poco estable respecto de los romanos de la ciudad, el deseo de retraerse de sus contemporáneos, á quienes despreciaba completamente, la incertidumbre del porvenir, que se le presentaba bajo un punto de vista oscuro y pesimista, ciertos descubrimientos harto desagradables, referentes á su persona, que habia hecho en los procesos de lesa majestad, y finalmente el deseo de libertarse de la tutela de su madre, deseosa siempre de mandar, y quizás tambien la influencia de Seyano, fueron las causas que le decidieron á tomar tal resolucion. Sea como fuere, el príncipe se dirigió con un pequeño acompañamiento primero hácia la Campania, y en el año 27 retrocedió hácia Nápoles, encerrándose en la isla de Caprea, tan bonita como aislada, que Augusto obtuvo de la ciudad de Nápoles como propiedad particular, en virtud de una permuta. Este paso fué muy funesto. Las terribles historias de actos de verdadera crueldad que segun las maliciosas murmuraciones de los romanos cometió entonces el setenton Tiberio despues de una vida notoriamente honrada y pura, son juzgadas por la crítica moderna como invenciones odiosas de la pasion de partido. Lo verdaderamente malo fué que Tiberio, aislado allí, se enterara de los procesos criminales tan solo por los relatos del Senado y de Seyano. Su espíritu de justicia y su penetrante comprension habian impedido muchas veces que se dieran crueles sentencias en aquellos procesos sangrientos, pero todo cambió desde aquella época. Seyano, que en el derrumbamiento de una gruta, en Terracina, en el año 26, habia salvado valiéndose de sus fuerzas hercúleas la vida de Tiberio, gozaba desde entonces exclusivamente del favor del príncipe, y el mundo romano se acostumbró á tratarle como vice-emperador. Todos se inclinaban ante él, tanto sus fieles partidarios como los que seguian la corriente, y honrando al amigo del emperador querian honrar á este, y los que lo hacian solo por salvar las apariencias y con el odio en el corazon. Siguiendo la costumbre de los advenedizos, el caballero Seyano hacia pagar con toda clase de humillaciones á los orgullosos aristócratas de la capital las piedras que habian sembrado en su camino.

La explotacion reglamentada de los procesos de alta traicion, adquirió entonces gran auge. Así se logró destruir á la familia de Agripina. La astucia de Seyano habia conseguido introducir la cizaña entre los príncipes Neron y Druso. Neron, que se habia casado con una hija de Livilla, habia hablado imprudentemente repetidas veces contra Seyano y contra el mismo emperador; y como estaba rodeado de traidores, pudo conseguirse, sin que podamos juzgar del verdadero grado de culpabilidad política de este príncipe y de su madre, que el Júpiter irritado de Caprea se decidiera á dirigir contra ellos sus rayos. Cuando por fin en el año 29 falleció la anciana emperatriz madre Augusta, la que á pesar de su enemistad con Agripina solo deseaba su humillacion y no su muerte, siguió el emperador las instigaciones de Seyano, y por orden suya la orgullosa Agripina fué presa é internada en la isla Pandataria. Fué una escena atroz la de su prision, pues la irritada dama se resistió y el oficial encargado de llevársela le saltó un ojo en la lucha. Neron fué trasladado á la isla Poncia á fines del año 29. Al año siguiente tambien fué anulado el hijo menor de la desterrada Agripina, el apasionado príncipe Druso. Hallábase en Caprea y allí Seyano, con ayuda de la esposa del príncipe, Emilia Lépidia, á quien habia seducido, dióle á entender que el emperador lo mandaba á Roma, y una vez en la capital, por indicacion de Seyano el cónsul Casio Longino le hizo acusar del crimen de alta traicion y le encerró en un calabozo sub-

terráneo de una de las torres laterales del castillo palatino. De toda la familia de Germánico solo quedaba en libertad el príncipe Cayo (que había nacido el año 12), el cual quedó en palacio al cuidado de su abuela Antonia. Pero las circunstancias de aquellos terribles tiempos hicieron que su educación fuera muy descuidada y su carácter hosco. Estuvo en relaciones íntimas con sus tres bellas hermanas, Julia Agripina, que había nacido en Colonia el 6 de noviembre del año 15 y se casó el año 28 con Cneo, hijo de Domicio Enobarbo; Julia Drusila, nacida en la quinta cerca del Mosela á fines del año 16, y Julia Livilla, nacida en Lesbos á fines del año 17.

Seyano estaba entonces en el colmo de su poder y en Roma se le tributaban casi los mismos honores que al emperador. Tiberio mismo, según parece, le había prometido casarle con la bella viuda Livilla el año 25. Seyano debía ser cónsul juntamente con el emperador en el año 31.

Pero contra lo que podía esperarse, pronto cayó sobre él una terrible catástrofe que debía confundir á Roma entera. No se han podido esclarecer sus motivos determinantes, pero á lo que parece Tiberio estaba celoso de Seyano y quizás sospechaba de él; así fué que en la primera mitad del año 31 tomó varias medidas que al mismo tiempo que favorecían al príncipe Cayo, daban á comprender á Seyano que no podía aun dar por seguro el triunfo. Entonces el astuto criminal organizó una conjuración en la cual principalmente entraron las personas más influyentes en la guardia, en el Senado y aun en la misma corte de Caprea, conjuración cuyo objeto era asegurar el poder al advenedizo, eventualmente por medio de la fuerza y si fuera necesario deshacerse del emperador. Uno de sus clientes descubrió el terrible secreto á la antigua amiga de Tiberio, la esposa de su hermano Druso, la cual se apresuró á prevenir á su cuñado.

En esta ocasión el astuto y anciano diplomático, que creyó no podía atreverse á proceder inmediatamente por medio de la fuerza, supo dominar la intriga de su adversario con una habilidad sorprendente. Mientras por una parte engañaba á Seyano dándole tales muestras de su favor que decidieron al criminal á esperar todavía antes de poner el sello á su enorme ingratitud, el jefe de la guardia Nevio Sartorio Macron, hombre fiel al emperador, hábil y resuelto, fué destinado secretamente á suceder á Seyano en este cargo y se le dieron todos los medios y poderes necesarios para derribar al antiguo favorito. Tiberio y Seyano habían dejado el consulado el 1.º de mayo. Cuando Macron llegó á Roma, en la noche del 17 de octubre del año 31, se puso en seguida en inteligencia con uno de los nuevos cónsules, Cayo Memmio Régulo, que personalmente estaba enemistado con Seyano y además era conocido por su fidelidad al emperador, y entró también en tratos con el jefe de los encargados de apagar incendios Gracino Lacon. Al día siguiente (18 de octubre) citó Régulo al Senado para una sesión que debía verificarse en el templo de Apolo, en el Palatino, y Macron participó á Seyano, que se dirigía á la sesión, que debía leerse una carta del emperador que le concedía el poder tribunicio. En seguida dirigióse Macron á la ciudadela que ocupaba la guardia, dióse á conocer á esta como su nuevo jefe y por medio de ricos presentes en dinero venció todos los conatos de resistencia de los soldados. Entretanto Lacon había rodeado el salón de sesiones del Senado con sus cohortes, y empezó entonces en la asamblea el desarrollo de un drama de carácter tal, que solo se encuentran análogos en la caída de un odiado favorito en los peores tiempos de los bizantinos y de los sultanes otomanos del Bósforo.

Cuando se vió que, contra todo lo que se esperaba, el largo mensaje del emperador, leído por Régulo, terminaba

con el mandato de prender á Seyano como traidor, este, aturrido del golpe y destituido de un modo tan sorprendente, se vió en seguida abandonado por todos. Cuando salió para la prisión, acompañado por los lictores y los guardias, pudo oír las salvajes exclamaciones de odio y burla del voluble pueblo y ver cómo las masas derribaban sus estatuas y las destruían. En el mismo día se reunió de nuevo el Senado en el templo de la Concordia, condenó á muerte al odiado advenedizo, le hizo matar en la cárcel y arrojó el cadáver desnudo á las *gemonias*, desde donde pasó al Tiber y durante tres días estuvo sujeto á toda clase de tropelías. La familia, los amigos, los partidarios y los cómplices de Seyano fueron inmediatamente reducidos á prisión, puesto que se trataba no solo de publicar los más crueles decretos para humillar al favorito caído sino también de tomar venganza de los actos de Seyano y mostrar fidelidad al emperador. Las masas del pueblo durante varios días ejercieron salvajes excesos contra los partidarios de Seyano; los pretorianos en cambio, furiosos porque se había tenido más confianza en la fidelidad de la guardia cívica que en la suya propia, se vengaron incendiando y saqueando.

Lo más repugnante y triste fué ver el furor con que los senadores, cuya mayoría habían sido los aduladores de Seyano, trataron de destruirse mutuamente acusándose de crímenes de lesa majestad.

Apenas hubo sido asesinada jurídicamente y en parte con los más infames procedimientos la familia de Seyano, cuando empezó la serie de aquellos sanguinarios procesos en los cuales podía esperarse tanto menos la moderación del emperador cuanto que se había aumentado hasta lo sumo el espíritu de venganza y el desprecio de los hombres en el anciano príncipe al verse vendido por su más querido amigo. La antigua esposa de Seyano, Apicata, después del terrible fin de sus hijos dióse la muerte, pero antes en una carta descubrió á Tiberio la culpa de Seyano y de la princesa Livilla en la muerte de Druso. Este descubrimiento secó en él por largo tiempo la fuente de la compasión. Livilla fué entregada á su madre Antonia, la cual, con la crueldad de los antiguos romanos, condenó á la culpable á perecer por hambre. El emperador, aunque condenó á muerte á varios de los compañeros de Seyano, lo hizo dentro de ciertos límites y rigurosamente según derecho.

En aquella época parece que no le dominaba aun verdadera sed de sangre, pues no todas las acusaciones terminaron con la muerte de los acusados. Pero realmente se presentó un día sangriento cuando el emperador, en el año 33, para terminar, hizo ejecutar de una vez á los que quedaban aun de los que habían sido presos como partidarios de Seyano, y de poco consuelo fué para las familias de los que habían perecido á consecuencia de los sucesos de los últimos años, el que los más comprometidos de los viles delatores sufriesen igual suerte.

Aunque el anciano príncipe siguió gobernando el mundo situado al otro lado de la sangrienta zona de Roma y Caprea del modo útil y eficaz con que lo había hecho anteriormente, dedicándole el resto de sus fuerzas, y aunque para las naturalezas privilegiadas era posible encontrar un prudente término medio entre el servilismo y la independencia que conducía á la perdición, todavía se comprende perfectamente que el mundo romano deseara el término del reinado del anciano solitario de Caprea, que cada vez más concentrado en sí mismo, sin alegría, ni esperanza y sin elemento alguno que pudiera elevar su espíritu y combatir su pesimismo, no podía resignarse á volver á la capital.

Las esperanzas de los romanos podían solo dirigirse á su futuro príncipe; pero aparte de un hijo, muy joven aun, del

asesinado príncipe Druso, solo existía un príncipe de la casa imperial en el cual se fijaran entonces el amor y los deseos de la nación, especialmente porque era hijo de Germánico, esto es, el príncipe Cayo. La desgraciada Agripina y sus hijos mayores, visto el odio inextinguible que les tenía el emperador, no se atrevieron á esperar la caída de Seyano. La orgullosa dama se había visto obligada á sufrir que su hijo Neron muriera el año 31, antes de la terrible muerte del favorito, en su solitaria isla, no se sabe si de muerte natural ó no. También el desgraciado y feroz Druso, después de largos y terribles padecimientos físicos y morales, murió el año 33 en su cárcel, según se cree por privación de los alimentos. La misma Agripina, la viuda de Germánico, la Niobe de la familia de los Césares, se quitó voluntariamente la vida, muriendo de inanición para poner término á su situación desesperada. Falleció el 18 de octubre del año 33, siendo perseguida más allá de la muerte por el odio de Tiberio. Quedaba solo, como hemos dicho, el príncipe Cayo, á quien el emperador se llevó á Caprea el año 31 ó el 33. En él estaban puestas entonces las esperanzas de todos los romanos que no le conocían á fondo. Pero los que frecuentaban la corte de Tiberio abrigaban pensamientos sombríos acerca del porvenir del imperio en la probabilidad, cada vez mayor, de que ocupara Cayo el poder.

Calígula, como le llamaban desde niño los soldados del Rhin, á causa de los pequeños borregués de soldado que llevaba, pues que su madre le acostumbraba á vestir con el traje de legionario, ni en Roma ni en Caprea había sido educado para el principado. Por otra parte su instrucción había sido muy descuidada; así era que rehuía las ocupaciones formales, á pesar de que no le faltaba talento. Espíritu burlon hasta llegar al cinismo, se interesaba solo por la oratoria. Los espectáculos teatrales, el baile, el canto, las luchas de gladiadores y las carreras de carros en el circo eran lo único que le apasionaba, cuando no se ocupaba en dar satisfacción brutal y desenfrenada á sus deseos eróticos. Peor aun era su carácter receloso. Cuando Tiberio le llamó á Caprea le encontró muy desarrollado; pero con enorme vientre y piernas delgadas, sufriendo de la epilepsia, y por su temperamento nervioso padecía el terrible mal del insomnio.

A pesar de su carácter adusto, el emperador adoptó con energía los medios racionales para el cuidado de la salud de su sobrino; pero esto solo sirvió para aumentar la repulsión de Cayo al hombre en quien solo miraba al destructor de su familia. Sin embargo, el temor de perder la vida le hizo maestro en el arte del disimulo. En realidad, no poseía ya la afición al derramamiento de sangre y á los padecimientos de los demás que habían distinguido sus primeros años, pero dominaba su iracundia poniéndose el falso manto de la humildad, mostrándose sometido al emperador y prestándose con gran facilidad á los caprichos y rarezas del anciano, á quien en su interior despreciaba.

A pesar de que Tiberio dos años antes de su muerte instituyó herederos de sus bienes á Cayo y á Tiberio, el hijo más joven de Druso, que había nacido el año 19, y no tomó disposición alguna respecto de la sucesión al trono, Cayo, que se sentía adivinado por su tío, se creía seguro de llegar al poder, y por lo tanto trató de hacer suyo al poderoso prefecto de la guardia, Macron. Este, astuto calculador, que esperaba desempeñar el papel de favorito dominante en el reinado de Cayo, aceptó sus ofrecimientos, y siguiendo la infame costumbre de la época aceptó también sin inmutarse que el príncipe se pusiera en íntimas relaciones con su esposa Ennia. Desde aquella época fué Macron el principal apoyo del príncipe, llegando hasta el crimen para favorecerle.

IMPERIO ROMANO

Tiberio en los primeros meses del año 37 había ido al continente italiano. Al regresar á Caprea, enfermó y tuvo que hacer cama en Miseno. Su médico Charicles conoció allí y lo comunicó inmediatamente á Macron y á Cayo, que al anciano príncipe (tenía entonces 78 años) le restaban solo dos días de vida, y ambos mandaron en seguida los necesarios mensajeros á los legados y á las legiones á fin de prepararlo todo para el advenimiento de Cayo. Poco después, el 16 de marzo del año 37, según la versión común (otros aseguran que no hubo crimen en aquella ocasión) cesó de repente la respiración de Tiberio; se le tuvo por muerto y los cortesanos presentes se apresuraron á felicitar á Cayo. Pero el emperador empezó á salir de su desmayo, haciendo estremecer á todo el mundo; solo Macron conservó la serenidad, y precipitándose en el



Cayo Calígula (Roma, Vaticano)

dormitorio, hizo salir á los que estaban presentes y con enérgica mano ahogó al agonizante, echando encima de su cabeza los cobertores y las almohadas y partiendo inmediatamente para Roma con un escrito de Cayo al Senado.

Todo el mundo en Roma respiró con libertad cuando llegó la gran nueva de que había terminado el triste y suspicaz reinado del anciano de Caprea. La enérgica actitud de Macron y el entusiasmo de los romanos por la familia de Germánico decidieron al Senado á dar al joven Cayo todos los derechos imperiales.

Así empezó uno de los más raros y terribles episodios de la historia romana. Los peligrosos vacíos y los poderes dañinos que existían escondidos en la obra de los dos primeros emperadores, salieron rápidamente á la superficie durante el corto reinado de aquel joven, cuyo juicio histórico es difícil de pronunciar, porque la ira y el sarcasmo que excitó su cruel gobierno dieron lugar á que solo nos haya llegado un relato burlesco de sus hechos sangrientos y de sus locuras.

Ni Cayo, ni el Senado, ni el pueblo, negaron al odiado Tiberio un solemne y brillante entierro. En cambio, fracasó completamente la tentativa poco meditada de elevarle á los altares ante la manifiesta oposición del pueblo. Por otra parte, el entusiasmo con que todas las clases de la capital saludaron la nueva era, iniciada por el hijo del inolvidable Germánico, estaba justificado por la manera como usó en un principio del poder que había heredado. Aunque el príncipe